

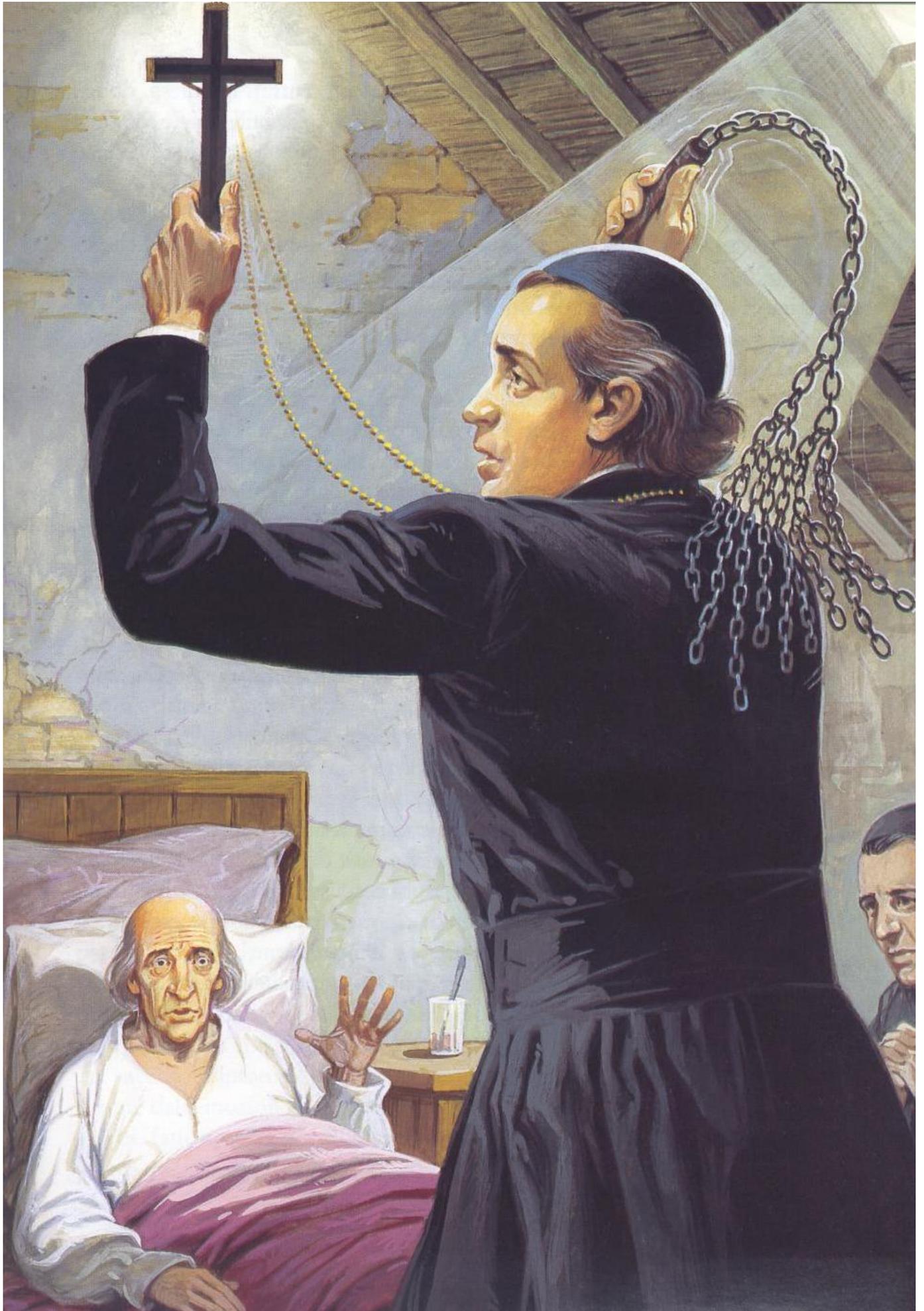
44. La disciplina

Disciplina es llamado un instrumento de penitencia, muy utilizado por los santos ermitaños de antaño; e incluso en tiempos cercanos a nosotros, es utilizado por algunas Ordenes Religiosas de observancia rigurosa, como por ejemplo, los Frailes Menores Capuchinos.

Gaspar, en quién tenía innato en el espíritu de penitencia y que desde niño llevaba el cilicio, como misionero siguió haciendo uso de este, tanto en privado como en público durante las Misiones, especialmente cuando se enfrentaba a pecadores tan endurecidos que no podía con la sola palabra a regresarlos a Dios. En el *Museo de Santo en Albano* aún se conservan algunos de estos “dispositivos” ' utilizados por él. En muchas pinturas, que datan de los primeros años después de su muerte, es representado siempre mientras enseña las llagas de un grande Crucifijo que afirma y casi abraza con una mano y, colocados encima del reclinatorio, están el libro de Apocalipsis, el cráneo y la *disciplina*.

Este instrumento generalmente se compone de "cadenas" erizadas con púas de hierro o portantes en las extremidades pequeñas bolas de metal, de las que surgen erizados punzones: otras variedades traían muchas láminas afiladas. El *dispositivo* procuraba que brotara sangre a cada golpe. Ciertamente, no era un espectáculo agradable ver las espaldas desnudas del Santo llorando y chorreando sangre; pero la visión de esas llagas tocaba el corazón de quién no quería de otra forma rendirse a la Divina Misericordia. A quién le aconsejaba de no atormentarse hasta ese punto, solía decir que Jesús no se contentó de la sola palabra, que de igual forma atrajo a las multitudes, o hacer abundantes milagros, sino quiso inculcar en el corazón humano la imagen de su cuerpo herido y de su corazón lacerado para hacernos comprender la totalidad de su amor y cuanto le costó nuestra salvación. ¿No debía, por tanto, él también derramar unas gotas de su sangre para regresar al corazón de Cristo los pecadores obstinados?

Sabemos que la palabra de Gaspar atraía las multitudes y los pecadores que se convertían eran legiones enteras. También sabemos que fue llamado "*Confesor de los peces gordos*".



Cuántos, que desde la Primera Comuni3n o desde la celebraci3n del matrimonio no habían vuelto a entrar en la iglesia, despu3s de escucharlo, ¡se arrodillaban a sus pies para confesarse! Sin embargo, para otros no siempre era suficiente su palabra, por cuanto cálida y persuasiva.

"*Como suele suceder siempre que se hace bien*" - dice el Venerable Merlini - "*Tambi3n en estas circunstancias no faltaban cr3ticas y murmuraciones, incluso por parte de alg3n eclesiástico. Sobre la disciplina usada por el Can3nigo del Búfalo y sus Misioneros con férreas cadenas, esta fue llamada niñería sangrienta a no practicarse*". Otros lo tachaban de fanatismo, lo llamaban comediante, payaso medieval, exhibicionista sediento de sangre. Pero Gaspar a su justificaci3n recordaba el ejemplo dejado por San Leonardo de Porto Maurizio y de otros grandes santos misioneros de todos los tiempos. El Merlini añaade que... "*El pueblo se conmovía altamente y las ovejitas descarriadas acudían entre llantos a confesarse*". Ni Gaspar se limitaba en disciplinarse en público; pero, cuando se enteraba de alg3n moribundo, que se obstinaba a no querer recibir los sacramentos, corría a su cabecera y se disciplinaba hasta que no triunfara la gracia divina.

En San Ginesio, en Marche, un pobre sacerdote, que durante años no se confesaba, estaba al extremo y siguió negándose a los sacramentos. Gaspar llegó a enterarse mientras estaba por subir al escenario. Dejó a los demás encargados de tener el serm3n y sali3 corriendo hacia el enfermo. Le mostr3 el Crucifijo, le habló de su misericordia, le record3 con dulzura y suavidad el día de su primera misa y los primeros años de su sacerdocio, tan ricos en fervor y apostolado; pero el paciente continuaba diciendo que para él ya no había misericordia y se volteaba hacia el otro lado. Gaspar entonces se desnud3 las espaldas y empez3 a descargarse golpes tras golpes la disciplina.

"Yo" - decía al moribundo - "me disciplinaré por tus pecados hasta cuando la gracia no habrá triunfado por encima de tu obstinaci3n".

En poco tiempo el sacerdote se puso a llorar, abraz3 al Santo, se confes3 y muri3 entre sus brazos. La *disciplina* lo había arrancado del infierno.